

EL SOCIALISMO Y LA EDUCACION

La instrucción moral en la escuela

por JEAN JAURES

— II —

LA CUESTION RELIGIOSA

Es difícil e nun periódico tocar la cuestión religiosa porque casi siempre se es mal comprendido. Si se combaten las pretensiones de la iglesia y su principio mismo, que es la autoridad, se ve uno acusado de sectario, de querer destruir, hasta por la violencia, la "religión". Y, de otra parte, si se declara, que la solución materialista del problema del mundo es falsa y estrecha, se suscitan vagas sospechas de ser clerical. Es necesario, sin embargo, que la democracia llegue a explicarse sobre estas cuestiones tan altas y decisivas; porque la política, por deslumbradora y necesaria, que sea, no es ni el fondo ni el fin de la vida.

Por mi parte, no puedo dejar pasar sin protestas las alegaciones de los periódicos clericales q' nos presentan como fanáticos de la irreligión. Esto no es exacto; es, incluso, lo contrario de la verdad. Yo creo, por mi parte, que sería enojoso, que sería mortal, comprimir las aspiraciones religiosas de la conciencia humana. No es esto lo que queremos; queremos, por el contrario, que todos los hombres puedan elevarse a una concepción religiosa de la vida por la ciencia, la razón y la libertad. No creo, en absoluto, que la vida natural, ni social, basten al hombre. En cuanto haya realizado la justicia en el orden social, se apercibirá que le queda un inmenso vacío que llenar. No dudo tampoco en reconocer que la concepción cristiana es una forma muy alta del sentimiento religioso, y gusto muy poco de ciertos chistes groseros sobre el cristianismo y sobre los sacerdotes.

No es que esté dispuesto, junto con algunos finos espíritus de nuestra época, que quieren dar a su escepticismo no sé qué apariencia de fe, a hablar mal de Voltaire. Su terrible ironía ha sido útil; ha despertado y desvelado los espíritus, y sin él, la alta crítica de Renan, imparcial y serena, hasta simpática, hubiese sido imposible; no se puede ser justo con los grandes errores más que cuando están casi vencidos. Pero ahora el pueblo se halla bastante desligado de lo maravilloso y de las ficciones para que pueda hablárseles del cristianismo, no como Voltaire, sino como Renan. Ha llegado la hora, para la democracia, no de burlarse o de ultrajar las antiguas creencias, sino de buscar lo que contienen de vivo y de cierto, y que puede quedar en una conciencia humana liberada y engrandecida.

Parece que hoy, fuera de lo sobrenatural propiamente dicho y de toda estrecho ortodoxia, preocupan a las nuevas generaciones ciertas ideas maestras del cristianismo. Cuando el cristianismo declara que las simples relaciones de equidad entre los hombres no bastan, sino que es necesario que las almas puedan unirse en una

especie de apasionado abrazo; cuando busca cuál es el centro en que todas las conciencias individuales pueden penetrarse y fundirse; cuando concibe a Dios, no como una abstracción intelectual, sino como la vida infinita uniéndose a la humanidad en la exaltación de las conciencias y expresándose en la naturaleza como en un símbolo prodigioso y dulce; cuando nos revela, con las sublimes neurosis de sus místicos, las potencias desconocidas que dormitan en la naturaleza humana y que un día, sin duda, la transformarán; cuando hace del sacrificio la ley del infinito mismo y cuando presiente que el universo, en una apasionada evolución, podrá remontarse hacia el amor que es su manantial, constituye ciertamente una grande y fascinadora filosofía. Pero esto lo ha dicho siempre la democracia libre, y si la iglesia pretende que el cristianismo era desconocido a los Michelet, a los Renan, a los Hugo, a los Lamennais, se engaña singularmente.

¿Qué quiere, pues, de nosotros y de qué nos acusa? ¿No es libre, por la palabra y por la pluma, en las cátedras, los libros y los periódicos, de defender su doctrina? ¿Quiere que se amordace a los no creyentes? Eso sería no solamente matar al hombre, que lo es solo por la libertad, sería matar al cristianismo mismo, que, sin la libertad absoluta del pensamiento y de la vida interior, no es más que tiranía y falsedad, es decir, nada.

¿Desea la iglesia que entreguemos la enseñanza pública, la enseñanza de la nación a sus ministros y a sus dogmas? Esto sería también un crimen contra la libertad, porque la conciencia solamente es libre cuando es libre la razón; y la razón no es libre más que cuando se ejercita en todos los sentidos; comprimirla antes de ser adulta y dueña de sí, bajo una fórmula exclusiva, bajo un dogma imperioso para el que la libre discusión es escándalo, es esclavizarla.

Sin duda, es necesario que la enseñanza pública se apoye, como toda enseñanza, en una doctrina; pero lo que tiene de admirable la doctrina de la enseñanza pública, de acuerdo con el espíritu de la Revolución, es que pone por encima de todo a la libertad; el hombre vale por su libertad y la libertad es, en un sentido, lo absoluto; es la única doctrina que no sea contraria a la libertad porque se confunde con la libertad misma.

Partiendo de ahí podemos cultivar en el alma del niño todas las potencias; por las ciencias matemáticas le damos la idea de la evidencia y de la certidumbre absoluta; por las ciencias físicas, le enseñamos los métodos de observación, le damos la idea de naturaleza y de ley. Al mismo tiempo, los bellos trozos literarios de los grandes escritores hacen vibrar su alma y le revelan los te-

Tesis y Resoluciones del IV Congreso

Declaración de Principios del Partido Socialista de Panamá

Iniciamos en este número la publicación de las tesis y resoluciones más importantes aprobadas por el IV Congreso del Partido Socialista que se efectuó en esta capital los días 29 y 30 de diciembre de 1944. Las circunstancias que rodearon al Congreso, — una crisis política preñada de incertidumbre, confusiones e intereses antagónicos — y la campaña electoral constituyente, no habían permitido la divulgación de la labor del IV Congreso que ha sido, sin duda, el más significativo de los que haya tenido hasta ahora el socialismo panameño. Para que el pueblo panameño, y en especial los sectores izquierdistas, puedan apreciar esa labor comenzamos a dar a la estampa los textos más importantes aprobados en esa histórica conferencia.

El IV Congreso del Partido Socialista de Panamá, adopta como fundamento y objetivos de su actividad lo que se contienen en los siguientes fundamentales:

1 La forma de sociedad dominante actualmente está basada en la propiedad privada de los medios de producción y distribución aplicada a la explotación del trabajo de los asalariados. Este régimen social, el capitalismo, se estableció después de una larga y ruda lucha revolucionaria de la burguesía apoyada por las masas obreras y campesinas. En su época primera el régimen capitalista fue factor de progreso material, intelectual y político. Destruyó los grilletes del feudalismo, engendró un gigantesco desarrollo de las fuerzas de producción, amplió y perfeccionó la tecnología, imprimió enorme ímpetu a la filosofía y las ciencias y, ejerció a las masas populares en el gobierno de sí mismas mediante los mecanismos del régimen democrático-liberal.

2. El propio desenvolvimiento del sistema capitalista lo hizo pasar del período de la libre concurrencia a las gigantescas formas monopolistas (trusts, cárteles, consorcios) cuyo poder económico rebasa las fronteras nacionales y debe absorber, para mantenerse y crecer, nuevos territorios que son mercado para sus productos y fuentes de materias primas. El imperialismo constituye la forma extrema de ese desarrollo y la lucha entre los monopolios respaldados

por los estados nacionales, provocó choques, rivalidades y controversias que desembocaron en la guerra mundial de 1914. La guerra imperialista demuestra cruel y terminalmente que las fuerzas de producción se han expandido tanto que exceden los moldes del sistema capitalista y las fronteras políticas y que es urgente reconstruir desde sus bases la organización social para asegurarle al hombre el disfrute de los bienes que es capaz de producir en cantidades ilimitadas. El incumplimiento de esta tarea no tendrá otra consecuencia que la caída de la humanidad en el abismo de crisis, convulsiones y guerras que la huirán en la regresión, la barbarie y la ruina.

3. La derrota, con excepción de Rusia, de la resolución proletaria socialista y la incapacidad de los estadistas y de los gobiernos que en 1918 vencieron al imperialismo alemán para reorganizar el mundo sobre bases que garantizaran a los pueblos seguridad económica y política, crearon las condiciones caóticas de las cuales surgió el nazi-fascismo como personero e instrumento de las capas más reaccionarias y oscurantistas de la sociedad a cuyo beneficio explotó fácilmente el descontento que engendró en las masas el fracaso de la paz. Mediante una tremenda demagogia aparentemente "anti-capitalista", excitando los instintos y sentimientos primarios de las masas populares alemanas mediante la impostura de la superioridad

continúa y a la libre crítica, elija entre los grandes sistemas políticos, filosóficos y religiosos que se reparten el mundo, será libre, no de nombre, sino de hecho. Y si la iglesia tiene miedo de que la razón del pueblo, así despierta y desarrollada en todos sentidos, repudie todo lo que se ha mezclado de infantil o de opresivo en el cristianismo, no es ciertamente por nuestra culpa.

Lo que demuestra además incluso desde el punto de vista cristiano, que el espíritu laico y racional debe llevar la dirección de la enseñanza, como lleva la de la ciencia, es que la iglesia, por su propia confesión, ha sido siempre incapaz de distinguir, en el cristianismo mismo, lo que era verdad esencial y lo que era ficción pasajera y alegoría perecedera. Ha habido en el pasado dos grandes ejemplos de esta incapacidad.

La iglesia ha considerado, en primer lugar, que las nue-

dad ariá, atizando los resentimientos de la clase media, exacerbando los rencores de las minorías nacionales oprimidas y atribuyendo a la democracia en abstracto la causa de la crisis universal, el fascismo y el nazismo lograron hacerse de una amplia base de masas y capturar el poder tanto por los métodos de la agitación parlamentaria como por la violencia ejercida sobre las agrupaciones obreras, campesinas y democráticas.

4. La incompreensión del significado real del nazifascismo, la cobardía para oponerle medidas de fuerzas y el odio y temor que hacia el estado proletario soviético sentían los dirigentes de las naciones democráticas le abrieron el camino a la agresión nazifascista en todo el mundo. El Mikado en China, Mussolini en Etiopía, Hitler y Mussolini en España y Hitler en Austria y Checoslovaquia perpetraron impunes y afortunados ataques a la independencia de dichas naciones y a la libertad interna de sus pueblos. De este modo prepararon la etapa final de su lucha por la dominación mundial que ha sumido a la humanidad en el sufrimiento, la privación y el desastre causados por la más destructiva de las guerras.

5. La guerra actual es, sin duda, continuación de la anterior en cuanto se libra en torno a las mismas divergencias. Pero la distingue de aquella la intervención de varios elementos. Ahora aparece la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en donde antes estaba la autocracia feudal de los zares y la diferencia radical entre uno y otro régimen influye, si no en el carácter de la guerra al menos en sus consecuencias: sectores de la población de las propias naciones totalitarias combaten contra ellas, desde el exilio o en los movimientos subterráneos. El nazi-fascismo, además, busca la destrucción total del actual régimen democrático, que las clases obreras y campesinas deben defender en la medida en que les permite organizarse para la defensa de sus intereses y para trabajar por el advenimiento de un nuevo orden social que sea el socialismo.

6. La lucha contra el nazismo en su aspecto internacional y nacional no terminará con la derrota militar del totalitarismo. Ha de culminar en la paz con la reorganización de la sociedad sobre la base del disfrute por todos los hombres y todos los pueblos de los bienes que se producirán en cantidades suficientes si la producción y distrigución se realizan para el disfrute de los pueblos y no para beneficio de unos pocos privilegiados. Esa meta no se alcanzará sino bajo el socialismo.

7. En el orden nacional, el partido socialista lucha por el afianzamiento y desarrollo hasta sus últimas consecuencias de la democracia, por la reorganización económico-social del país tendiente al ascenso constante del nivel material y cultural de las clases obrera, campesina y media y por la preservación de nuestra nacionalidad.

(Pasa a la pág. 8)